

EL HILO DE LA LIBERTAD

La empresa de ser libres exige que sepamos a qué atenemos. Los liberales no creemos en las ilusiones falsas ni en los espejismos de los grandes conceptos. Sabemos que la libertad hay que ganársela día a día. Es la consecuencia de una decisión que reiteramos cada mañana. Es la decisión que distingue al hombre libre del esclavo. Una decisión que permitió la caída del Muro de Berlín, hace ahora quince años.

«Pero ¿qué es propiamente el aura? Una trama muy especial de espacio y tiempo: la irreplicable aparición de una lejanía, por cerca que pueda encontrarse».

(Pequeña historia de la fotografía, Walter Benjamin).

1. UN ITINERARIO FOTOGRÁFICO DE LA LIBERTAD EN EL SIGLO XX

Hace quince años triunfó la libertad. Y lo hizo en Berlín. Muy cerca del lugar en el que el totalitarismo nazi se fraguó en 1934 con el incendio del Reichstag. En ese mismo Berlín y en ese mismo Reichstag semiderruido por la artillería del Ejército Rojo, se inmortalizó unos años después la victoria de Stalin y la apoteosis del Imperio Soviético con la fotografía en blanco y negro de un soldado ruso que agitaba el 30 de abril de 1945 la bandera roja con la hoz y el martillo sobre los tejados berlineses.

Con esta imagen nos aproximamos al tema de este trabajo. Es la primera de un álbum que ofrezco a continuación. Un álbum que

José María Lassalle es Profesor de Sistemas Políticos Comparados en la Universidad San Pablo CEU.

avanza sus páginas tentativamente, siguiendo el esfuerzo de una imaginación fotográfica que se pone al servicio de la búsqueda del «aura» de ese particular y esquivo hilo de Ariadna que es siempre la libertad. Un hilo que en la segunda mitad del siglo XX tuvo que arrastrarse en un fluir a ras de suelo y en medio del laberinto de una historia cargada de tragedia y esperanza.

Pero antes de continuar, es preciso deslizar una premisa que me gustaría plantear al comienzo de estas páginas. Describir la libertad como un hilo de esperanza supone hablar de algo tan antiguo como la humanidad misma. Y es que el oficio de ser libre nunca ha sido fácil. La única y verdadera utopía –con minúscula– radica en ser o no fiel a su vocación: una vocación profunda, intensa, que emerge en el seno del corazón humano como una necesidad a la que se atiende o se repudia.

Es indudable que son numerosos los factores que influyen en la aceptación o no de la vocación de ser libre. Sería arduo mencionarlos todos. Su factura es tan diversa como las circunstancias a las que aludía Ortega. Sin embargo, nunca fue tan difícil la libertad como durante el siglo XX y en un espacio geográfico y metafísico tan brutal como el padecido bajo la tiranía impuesta por el comunismo. Bastaría leer el testimonio de quienes como Platonov, Orwell, Koestler, Soljenitsin o Zajayewski, entre otros, tuvieron el valor de dar forma literaria a su vivencia para comprenderlo.

Con todo, millones de hombres y mujeres fueron capaces de ser fieles a la esperanza que encarnaba la libertad. Lo fueron incluso bajo la atroz experiencia de los muros del «gulag». Muchos fallecieron sin ver cumplida esa esperanza. Tuvieron que ser los nietos de aquellos que lo vieron nacer quienes disfrutaron finalmente de la salida del laberinto totalitario a los que les condujo la tiranía comunista.

Lo más sorprendente es que ese hilo de libertad pudo haber sido cortado, y cientos de millones de personas hubieran quedado atrapadas y condenadas a habitar bajo la oscuridad humillante impuesta por los muros del totalitarismo. Afortunadamente el desenlace fue otro bien distinto y hoy podemos felicitarnos de que la pesadilla quedó atrás, a pesar de las incertidumbres que gravitan sobre la vigencia y continuidad planetaria de la libertad.

Pues bien, con este álbum de fotos que se pone delante de la imaginación del lector paciente, se trata ahora de reflexionar sobre ese

acontecimiento histórico que fue el derribo el 9 de noviembre de 1989 del Muro de Berlín. Un derribo que, como veremos, supuso el punto y aparte de una confrontación planetaria entre la libertad y la tiranía, y que durante 41 años hizo de Berlín el lugar en el que los dos bloques cruzaban sus miradas cara a cara.

2. COMIENZA NUESTRA ANDADURA FOTOGRÁFICA

Unos pocos años después de que se produjera el izado de la bandera roja sobre Berlín, otra foto nos sitúa detrás de un montón de escombros. Estamos en 1948. Se divisan un niño, una pareja y un padre con su hijo entre los brazos. Contemplan una fortaleza volante norteamericana que aterriza sobre Berlín con su bodega repleta de alimentos.

Era la respuesta que el mundo libre daba al chantaje soviético del bloqueo de Berlín Oeste ordenado por Stalin en julio de 1948. Con este gesto, los aliados occidentales trataban de mantener la isla de libertad en la que se había convertido la zona controlada por los EE. UU., Gran Bretaña y Francia en el corazón de la Alemania ocupada por la Unión Soviética.

Un poco antes, Winston Churchill había denunciado que un Telón de Acero había separado abruptamente Europa desde el Báltico al Adriático. Convertida en el epicentro de un seísmo mundial en el que pugnaban la sociedad abierta y la sociedad cerrada descritas por Popper, Berlín se transformó así en una leyenda: una grieta física por la que deslizaba el fino hilo de esperanza al que se agarraron cientos de miles de europeos del este que intentaron librarse a través de él de la cárcel en la que se había convertido media Europa por la fuerza de la Utopía que imponían las divisiones de Stalin.

Pero pasemos las páginas de nuestro álbum. Volvemos a toparnos con la imagen del Berlín desgarrado de la Guerra Fría. De 1950 a 1960, la República Democrática Alemana perdió más de dos millones de personas que huyeron a la Alemania libre a través de Berlín Oeste. En la noche del 12 al 13 de agosto de 1961 comenzó la construcción del Muro de la Vergüenza por orden de Kruschkov.

Las fotos que tenemos delante nos hablan de aquel momento. La primera de ellas nos descubre la pesadilla sobre la que se construía la revolución comunista y la esperanza de quienes deseaban huir de ella.

La tragedia berlinesa está delante de sus ojos. Cuatro policías del Muro –los famosos «Vopos»– transportan el cadáver de un fugitivo –Peter Fechter– al que se había dejado agonizar en las alambradas. Uno de los vopos mira al caído con una mueca en la que se entrevé una sonrisa. Otro de ellos se vuelve hacia el fotógrafo con rostro turbado por la desesperación. La siguiente foto, quizá, nos revela su conciencia. Se ve a un policía que salta la alambrada con impulso atlético. A su espalda se ve a un grupo de berlineses orientales difuminados por el primer plano que ocupa el improvisado gimnasta en busca de la libertad.

Poco a poco el álbum nos revela la arqueología política y moral que encierra nuestra celebración. La instantánea que se ofrece ahora está tomada un año después. La protagoniza un político que fue capaz de revitalizar la oposición de Occidente a la amenaza que desde Moscú crecía en medio del oleaje de la década de los sesenta agitada por una hábil estrategia soviética que combinaba la fuerza con la propaganda.

Desde un Berlín Oeste oscurecido por la humedad del dolor colectivo de una ciudad sitiada, vemos a J.F. Kennedy unos meses antes de su asesinato explicando qué se estaba jugando el mundo en el tablero de ajedrez berlinés. Con gesto relajado, pronuncia un discurso en el que dice solemnemente:

«Me siento orgulloso de haber venido a vuestra ciudad... Hace dos mil años, el mayor acto de orgullo era afirmar 'civis romanus sum'. Hoy, en el mundo libre, uno no sabría jactarse de otra cosa que decir: 'Ich bin ein berliner' (Yo soy berlinés).

No faltan en el mundo gentes que ciertamente no comprenden, o que pretenden no comprender qué es lo que está en juego entre el comunismo y el mundo libre. Que vengan a Berlín.

Hay otros que afirman que el futuro está en el comunismo. No tienen nada más que venir a Berlín. Algunos, en fin... declaran que se puede colaborar con los comunistas. A éstos también les invitamos a que vengan a Berlín. Y, así mismo, hay unos cuantos que, aun reconociendo los defectos del comunismo, estiman que les permite, sin embargo, hacer progresos económicos. Sólo tienen que venir a Berlín».

Pues bien, a Berlín se trasladó la mirada del mundo hace quince años. Entonces los berlineses demostraron qué era el comunismo. Con su rechazo a éste gritaron a la humanidad que la libertad es un todo innegociable que se acepta o rechaza, sin más: porque la libertad es capaz de desplegar prodigios inesperados, entre los cuales destaca uno: ser la única experiencia que por sí sola devuelve al hombre su indeclinable anhelo de dignidad.

Hace quince años la segunda embestida del totalitarismo fue derrotada en Berlín. Primero fue el fascismo. Después el comunismo. Añadamos otra foto, ésta por fin en color. Se ve a cientos de berlineses encaramados sobre el Muro. Sonríen, festejan su victoria y brindan alegres porque su resistencia interior frente a la tiranía ha sido coronada con el éxito de recuperar la libertad perdida.

Con esta instantánea se certificó lo que unas semanas antes había empezado a ser una realidad: que el totalitarismo comunista mordía el polvo de su derrota desde que la Hungría satelizada por la URSS había renunciado a seguir impidiendo el cruce por su frontera de aquellos que querían huir a Austria y la Europa libre.

De este modo, una serie de sacudidas sísmicas comenzaron a resquebrajar la todopoderosa fachada del Telón de Acero hasta que, poco después, la hazaña berlinesa evidenció que el Imperio Soviético se hundía por su base. Apenas un año después, los efectos de aquel seísmo revolucionario se llevaron por delante el solar y al artífice de la Utopía soviética: la URSS y el Partido Comunista sufrieron su particular derrumbe, emergiendo de sus cenizas la vieja Rusia guiada por la mano de Yeltsin.

Sin embargo, el fin de la Guerra Fría fue el producto de una lenta gestación. Bastó que el mundo libre cambiase de estrategia para que la todopoderosa tiranía soviética tuviera que dar la vuelta de tuerca que acabó con ella.

3. UN EJERCICIO DE RETROSPECTIVA

Pero antes de seguir nuestra andadura fotográfica echemos la vista hacia atrás. Los años ochenta fueron decisivos. Como en un relato de

Joseph Conrad, cuando la tormenta parecía cernirse con mayor nitidez sobre la superficie de un Occidente atemorizado por unas nubes que ennegrecían su futuro, tres golpes de timón hicieron posible el milagro de disolver la tempestad.

Veamos el panorama de aquellos años brevemente. Sustituyamos las fotografías por la cámara rápida. Las imágenes que se proyectan rápidamente nos muestran cómo era el mundo entonces.

Los EE.UU. vivían sumidos en el síndrome post-Vietnam; la revolución islámica en Irán extendía sus sombras sobre un planeta en recesión por la crisis del petróleo de 73; Suramérica se debatía fracturada por golpes de estado y por la acción de guerrillas procomunistas; África estaba en pie de guerra por la descolonización; y el Tercer Mundo pasaba factura a una Europa acomplejada y marchita por el postimperialismo y la pusilanimidad de una derecha y una izquierda que, además de intervencionistas, se adherían sin paliativos a la teoría de la distensión.

Pero, sobre todo, si dirigimos la mirada hacia el horizonte de entonces, vemos a una URSS pletórica, que afianzaba su poder a base de estadísticas que hablaban de su imparable progreso económico y militar; con un pie en Centroamérica; otro en Afganistán; y con la mano apretando férreamente la garganta de Europa gracias a los misiles SS-20 y 21.

No había duda. El mañana era cosa del comunismo. La estrategia leninista de abordar la revolución mundial desde la plataforma rusa empezaba a dar sus frutos, contribuyendo a ello una «intelligentsia» europea y norteamericana que desde el control de los resortes de la cultura, la universidad y el periodismo minaba la resistencia de un Occidente en caída libre.

Sin embargo, como se decía antes, tres golpes de timón, tres decisiones aparentemente insignificantes cambiaron las cosas. La elección de Juan Pablo II para el solio pontificio y la victoria electoral de Margaret Thatcher y Ronald Reagan fueron los desencadenantes de una cadena de acontecimientos que desembocó en el 9 de noviembre de 1989.

El primero, supuso la agitación en la ciénaga de la tranquilidad que habían sido los países satélites, especialmente Polonia. Antes se ha-

bían producido intentos de liberación en la misma Polonia, en Hungría y Checoslovaquia, pero fueron duramente frustrados. Sin embargo, el movimiento liderado por Lech Walesa y el sindicato Solidaridad –aunque abortado finalmente–, dejó accionada una bomba de relojería en el punto de conexión entre la vanguardia y la retaguardia del Pacto de Varsovia.

Además, la elección de un Papa polaco supuso una revitalización moral de una Iglesia que hasta entonces había sido refractaria a intervenir en los asuntos del mundo. Desde Solidaridad la injusticia ya no sólo fue algo material sino también político, y el «gulag» fue puesto en la mirilla pastoral de los Obispos.

El segundo golpe de timón fue de calado político y práctico. Surgió en el mundo libre un discurso ideológico que, de la mano del cambio programático que impuso el torismo de Margaret Thatcher, trataba de recuperar el dinamismo de la sociedad civil subvencionada por el Estado del Bienestar. Para ello se recuperó el legado del liberalismo clásico y sus instituciones: la libertad, el mercado, la seguridad jurídica y la propiedad.

Y si esto sucedía de puertas adentro de los países libres, de puertas afuera, el tercer golpe de timón lo protagonizaron los EE.UU. El enfrentamiento de Ronald Reagan con el expansionismo soviético, recuperó la estrategia de la contención dando batalla en todos los frentes abiertos por la Guerra Fría. De este modo, el giro decisionista liberal que Raymond Aron entreveía en *Los últimos años del siglo* se hizo realidad con un Occidente dispuesto, primero, a no ceder ni un solo palmo de terreno y, segundo, a poner difícil al enemigo la viabilidad de su estrategia expansionista socavando su retaguardia.

4. UN ANÁLISIS DE IDA Y VUELTA

Es difícil aventurar qué hubiera sido del mundo si las nubes que empezaron a propagarse en los años setenta hubieran seguido adensándose en los ochenta. A lo mejor, la tormenta se hubiera disuelto por sí misma, pero no sabemos a qué precio.

Hoy, conocemos que la URSS estaba al límite de su fuerza. La Utopía no daba más. La planificación sembraba la desolación materi-

al. Elevaba los costes económicos, ecológicos y humanos de una revolución que avanzaba hacia el abismo llevada por un totalitarismo que se hacía centrífugo en sus márgenes y volátil en su interior; mientras que el sistema evolucionaba hacia su colapso, debido, por un lado, a la ingestión de dosis pantagruélicas de ineficiencia y, de otro, al pago de una hipoteca armamentista que fiaba su liquidación a una victoria futura sobre el mundo libre.

La utopía se salía de sus goznes y la criatura estaba a punto de devorarse a sí misma, como se vio en Chernobil. «La Perestroika» y la «Glasnost» gorbachovianas fueron la primera señal de que el gigante tenía los pies de barro.

Si en vez de a una fotografía, ahora recurriésemos a una radiografía del Muro de Berlín, tendríamos que admitir mediante un análisis rápido que su derribo fue, en realidad, el producto de una combinación implosiva y explosiva.

Quizá la literatura nos ayude a comprender qué es lo que sucedió. Acudamos a la reflexión de Thomas Mann contenida en *La montaña mágica*. Como al protagonista de la novela, la subida a las alturas y el cambio de presión de los Alpes aceleró la manifestación de la tuberculosis que incubaba al borde del mar del Norte. En contacto con un nuevo escenario físico la fisiología del enfermo se trastornó radicalmente y la aparente salud se transformó definitivamente en enfermedad. Y así, como al Hans Castorp de Mann, el cambio de presión de los años 80 provocado por la llamada Revolución Conservadora y la Guerra de las Galaxias impulsadas por la Administración Reagan, forzó a la enferma constitución de la URSS a subir a sus particulares alturas históricas.

En este escenario, la enfermedad se agudizó inesperadamente porque el Imperio Soviético tuvo que hacer la Guerra Fría en los elevados riscos del espacio y no en la pantanosa superficie de las décadas anteriores. Esta circunstancia y, sobre todo, la experiencia de su particular Vietnam en los desfiladeros afganos, aceleró la enfermedad que arrastraba consigo el aparentemente vigoroso cuerpo del Leviatán soviético, e hizo que fuese incapaz de recuperarse del impacto que produjo en su fisiología totalitaria la efervescencia de una sintomatología que venía arrastrando desde los primeros años de la revolución. El desenlace es que hoy podemos celebrar su derrota hace quince años.

5. DE NUEVO EL ÁLBUM

Sí, quince años ya del derribo del Muro. Quince años que, sin embargo, nos tienen que hacer pensar sobre lo que significó realmente aquel acontecimiento. Por eso, nuestro álbum de fotos está incompleto. No podemos cerrarlo todavía. Desde 1989 hasta ahora podríamos añadir un sinfín de nuevas instantáneas. La memoria es flaca bajo el dominio de la imagen que caracteriza las sociedades post-industriales. Sobre todo a la vista de aquellos felices años 90 que algunos quisieron ver, precipitadamente, como un «fin de la Historia».

Durante una década Occidente se fue de vacaciones con las obras de Hegel debajo del brazo. Sin embargo, el regreso al pupitre de la Historia fue demasiado brusco y desazonante. Tan brusco y desazonante que el mundo giró sobre sí mismo y mudó la expresión de su rostro en unos pocos minutos. De hecho, desde entonces la educación sentimental de las generaciones que asistieron a la efervescente ilusión que trajeron los noventa se trocó en una percepción ilusoria y escéptica ante las posibilidades del futuro.

Con aire pesimista, Occidente desenterró a Hobbes y volvió a releer a Vico debido a una imagen que alteró la conciencia de la humanidad autosatisfecha que emergió en 1989. Quizá sea la foto más impactante nunca vista. Se la presento porque creo que lejos de desalentarnos debe estimularnos a seguir luchando por la libertad y la civilización que la sustenta: la sociedad abierta.

La empresa de ser libres exige que sepamos a qué atenernos. Los liberales no creemos en las ilusiones falsas ni en los espejismos de los grandes conceptos. Sabemos que la libertad hay que ganársela día a día. Es la consecuencia de una decisión que la reiteramos cada mañana. Es la decisión que distingue al hombre libre del esclavo. Exige responsabilidad y sacrificio, coraje y dosis de convicción. Sobre todo en el seno de una sociedad que ha hecho de la libertad algo cotidiano, tan cotidiano que hemos relajado confiadamente su defensa más íntima a las instituciones.

Precisamente aquí reside la amenaza: que hemos olvidado que hay que seguir palpando sobre nuestra piel el estado y la fortaleza íntima de nuestra libertad si queremos que ésta siga fortaleciéndose y no debilitándose por una creciente adición de tejido adiposo.

De ahí la importancia de la foto que presento ahora. Abre un nuevo escenario de confrontación planetaria entre la sociedad abierta y la sociedad cerrada. Ya saben a qué foto me estoy refiriendo: el impacto de los Boeing secuestrados por Al Qaida sobre las Torres Gemelas ha oscurecido la luminosa irrupción de esperanza protagonizada por aquellos berlineses que veíamos en nuestra imaginación más arriba, encaramados sobre el Muro de la Vergüenza vencido por el aliento de libertad.

Ahora sabemos, sentimos todos, que el 9 de noviembre de 1989 es cosa del pasado. Tanto que nuestra memoria hace vencer sobre aquel recuerdo berlinés la nitidez del colorido flamígero de las explosiones producidas sobre la superficie de los rascacielos que minutos después se desmoronaban atrapando a miles de víctimas entre sus cenizas.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN, TAMBIÉN FOTOGRÁFICA

Cuando Tocqueville decía que habría «amado la libertad en cualquier época, pero en los tiempos que corren estoy inclinado a adorarla», emitía un principio nuclear del credo liberal. De hecho, desde el 11-S ya no somos españoles, ni europeos, ni norteamericanos. Somos occidentales que amamos por encima de todo una libertad que está amenazada.

Por eso mismo, nos emocionó en 1989 el derribo del Muro berlinés y nos sobrecogió, también, la acción terrorista de Al Qaida cuando dirigió sus aviones contra las Gemelas y el Pentágono tratando de localizar sus esfuerzos destructivos sobre los presuntos iconos que a sus ojos fanáticos identifican a Occidente.

Sin embargo, al elegir esos blancos los terroristas desvelaron el fondo de su alma. Con ello nos mostraron su debilidad. Nos ofrecieron una foto, es cierto, pero también su radiografía más íntima. Erraron de plano. Evidenciaron con su resentimiento que no nos entienden, porque nuestra fuerza no está en el capitalismo de las Gemelas ni el poder militar y tecnológico que representa el Pentágono.

Pasaron muy cerca, es cierto, pero se equivocaron porque el mundo libre está encarnado en otro icono. Se levanta a la entrada de la ba-

hía de Nueva York. Es mucho más pequeño físicamente que los gigantes que derribaron con su ataque. Curiosamente fue un regalo que la vieja Europa hizo a los pujantes EE.UU. que nacieron del empeño utópico del milenario continente.

En la Estatua de la Libertad está nuestra esperanza, el David que será capaz de estimular nuestra fortaleza en estos momentos de zozobra colectiva. Su traza clásica nos habla de nuestro pasado, de nuestra tradición de libertad. Su antorcha nos revela que su luz ilumina nuestro mañana. Y hoy, cuando celebramos el derribo del Muro de la Vergüenza, podemos decir orgullosos que somos berlineses pero, también, desde el 11-S neoyorquinos.

Y es que ambas riberas del Atlántico están hermanadas por ese hilo de Ariadna misterioso y mágico que fluye indestructible a pesar de las dificultades y sinsabores. Un hilo fino pero que porta consigo la vigorosa nervadura de la libertad. Un nuevo milenio comenzó en 2001. Con él comenzó también un nuevo enfrentamiento entre el mundo libre y la tiranía, esta vez revestida con el atuendo beduino del totalitarismo islamista.

Pero con este nuevo milenio se ha puesto en marcha, también, nuestra voluntad firme y decidida de defender la libertad amenazada. Y aunque esta voluntad se encuentra lastrada por el desánimo, la apatía e, incluso, la hostilidad de muchos en el seno mismo de nuestras sociedades abiertas, con todo, los liberales debemos decirnos aquello que mantenía Abraham Lincoln al señalar: «Todos pueden estar engañados algún tiempo; algunos todo el tiempo, pero nunca todos durante todo el tiempo».

Demostrar este engaño es la tarea cultural y política que tenemos los liberales de todo el mundo por delante. El giro, ese golpe de timón que anuncie los nuevos tiempos de esperanza que vendrán, está ahí, al alcance de nuestra mano: tenemos la responsabilidad histórica de hacer de nuevo ilusionante la gesta de defender orgullosos nuestra libertad. Si la merecemos lo haremos así.